

## CARLOS ARTURO TORRES

La personalidad de Carlos Arturo Torres se destaca a través de los tiempos, con cierta fuerza subyugadora, principalmente entre determinado grupo de espíritus selectos. Como una manifestación de sincera y profunda admiración hacia la sustantiva y gallarda figura de este pensador, me permito fatigar la atención de los lectores, tratando de reevaluar esta figura de talla continental. El afecto que me mueve a traer a la memoria la vida meritoria de este colombiano, es el más vivo y sincero que encuentro en mi corazón. Doloroso me parece confesarlo, pero creo no errar si afirmo que es difícil encontrar más de una veintena de jóvenes que conozcan a fondo la personalidad de nuestro profundo pensador. Esto no debe sorprendernos. Hace años que se está sintiendo en rededor nuestro, un marcado y progresivo derrumbamiento de ideas, que nos imposibilita para apreciar los verdaderos valores. La manifestación más auténtica de la posteridad colombiana es ese total desconocimiento de los hechos verdaderamente significativos de nuestros hombres positivamente grandes y a quienes no se les hace la justicia que merecen. En cambio, hoy se aplaude la mediocridad, porque carece de la cabal experiencia de lo profundo, o como lo afirma Ortega y Gasset, «nos encontramos frente a una etapa de perversión en los instintos valoradores».

Nació el señor Torres en Santa Rosa de Viterbo, en el departamento de Boyacá. Hizo sus estudios en Bogotá; inicióse desde muy joven con buena suerte en el templo de las musas; más tarde lució también su pericia dramática. Su carrera es tan rápida como brillante; toma luego la pluma del periodista y revela una suficiente preparación que le permite dirigir y encauzar la conciencia nacional hacia una amplia colaboración ideológica sobre asuntos nacionales. Momentos angustiosos

atravesaba nuestra patria, nada nos faltaba para la solución; arruinada y anárquica en el interior, humillada en el exterior y hasta querellada con el mundo civilizado. La salvación de Colombia se imponía. Tarea ardua como pocas capaz de ser afrontada únicamente por una mentalidad robusta y bien preparada como la del señor Torres. Era el escritor más vibrante que ha tenido la comunidad liberal. Empezó su carrera política como redactor de *El Nuevo Tiempo*, acompañado de ese otro gigante del periodismo, Camacho Carrizosa. Admiraba en sus escritos no sólo la elegancia de la forma, la pulcritud en el decir, la incomparable fecundidad del pensamiento, sino ese espíritu conciliador dirigido a todos los ámbitos de la república, con esa marcada angustia patriótica, pidiendo la restauración de la paz interna, para luego iniciar el resurgimiento efectivo del progreso nacional.

En 1903, fue llamado a colaborar en el gobierno del señor Marroquín, como ministro del tesoro, después de los dolorosos acontecimientos de Panamá, momentos en los cuales nuestra patria fue víctima del más doloroso del más monstruoso atropello que contempló impunemente el mundo y la infamia que vergonzosamente soportó la América. En época tan aciaga la persona de más relieve que encontró el señor Marroquín entre los liberales, por su patriotismo y por su comprensivo espíritu conciliador y moderado fue la del señor Torres; primer liberal cooperacionista después de veinte años. En esta cartera, una de las más difíciles de manejar, debido a la bancarrota económica en que se hallaba postrado el país, reveló dotes de consumado hacendista, sorprendiendo la opinión consciente de sus adversarios, como lo había hecho antes por su talento de prosador.

Antes de este cargo, acompañó al doctor Nicolás Esquerro en la delicada misión enviada por el presidente



Sanclemente, para gestionar asuntos relativos a la prórroga del contrato del canal de Panamá. En 1905 fue nombrado cónsul en Liverpool; allí, este maestro y consumado mentor de las disciplinas mentales, escribió su monumental obra *Idola Fori*, profundo e inagotable tesoro de filosofía política, de hondas apreciaciones sobre la situación de nuestra patria, obra cuyo mérito ha sido pesado en el platillo de la opinión de los mejores pensadores de América y en número crecido la aprecian como superior a la del uruguayo Rodó. Su obra ha sobrevivido sin mayores esfuerzos, y se le lee ahora con un interés análogo al de hace veinte años. Las ideas que regó en su *Idola Fori* tienen una virtualidad seguidora. En cuanto a su estilo no hay para qué hablar de él, estilo de verdadero poeta; en él ostenta los rasgos exclusivos de la incansable y sugestiva prosa francesa, es decir: alado, diamantino y sintético. Esta la razón para que el autor de *Tierra caucana* lo apellide «el santo padre del estilo». Por ese mismo tiempo produjo su hermosa composición *En la abadía de Wentminster* en la cual, como lo indica el señor Quijano Wallis, no se sabe qué admirar más si la forma exquisita de los versos o la profundidad de los pensamientos y la ilustración que informa esa bella poesía. Al regresar de Liverpool, vuelve al periodismo, funda la *Civilización*, hizo brillar nuevamente sus dotes geniales aumentadas con ese acervo de conocimientos de fuente europea; entonces fue cuando se destacó con más relieve este gran colombiano, en una serie continua de servicios a su patria, de especulaciones agradables y honorables, de consagración a su familia y del cumplimiento de los deberes que incumben a un buen ciudadano, a un jefe de hogar y gran patriota, reconocido como celoso defensor de la integridad material y del nombre moral de la república. ¿Quién puede desconocer en el señor Torres a raíz de nuestra luctuosa agresión por parte del coloso del norte, las ma-

nifestaciones de ansiedad, desvelo en presencia de nuestra afrenta?

En la administración del general González Valencia fue nombrado ministro plenipotenciario ante el gobierno de Venezuela, en los momentos más álgidos de nuestra vida diplomática. Los centros intelectuales de Caracas, no tardaron en apreciar las dotes de nuestro pensador y lo abrumaron con honores y distinciones, tanto en la Academia de la lengua como en la de Historia. Antes había ingresado a la Academia Colombiana como individuo de número. Su discurso de recepción versó sobre *Literatura de ideas*, y se lo contestó don Antonio Gómez Restrepo. Los puntos más culminantes de su carrera literaria son manifestados en los albores del siglo XX, y pone fin a su misión de apostolado con su obra *Estudios ingleses*, de carácter eminentemente sociológico y de crítica literaria.

En el año de 1912, cortó la muerte esa brillante existencia. El gobierno de Venezuela le tributó honores fúnebres, y el congreso de Colombia decretó que su retrato adornara los muros del Ministerio de relaciones exteriores y los salones del capitolio nacional.

Con reverencia pongo de ejemplo a la generación presente, este apóstol de paz, quien supo subordinar los intereses de partido a los intereses permanentes y sagrados de la patria.

JOEL CARRILLO B.  
Alumno convictor

Bogotá, mayo del 28.